

ALDO MASCAREÑO | JUAN ROZAS

LA CONDICIÓN POSDEMOCRÁTICA EN CHILE

Política al borde del colapso

Ariel

para Mila y Elina

ALDO

a Francisca, Juan y Sofía

JUAN

Agradecimientos

Las reflexiones que se plasman en este libro han sido consecuencia de múltiples conversaciones, colaboraciones y discusiones sostenidas durante los últimos años. Personas importantes involucradas en ellas fueron Pablo Henríquez, Fabián Belmar, Benjamín Lang, Ariadna Chuaqui, César Gamarra, Trinidad Pacareu y Ariel Cardeiro, todos colaboradores del CEP en algún momento.

A nuestros colegas Sebastián Izquierdo, Leonidas Montes, Rodrigo Vergara, Juan Luis Ossa, Macarena Lescornez, Nicole Gardella, Rosario Palacios, Sebastián Soto, Sylvia Eyzaguirre, Felipe Schwember, Jorge Vergara, Rodrigo Cordero, Raimundo Frei, Mauro Basaure, Daniel Chernilo y Gonzalo Ruz, les debemos tiempos de atención, comentarios y silencios, todos siempre significativos para confirmar o repensar las ideas que surgían.

Agradecemos de manera especial a Leonidas Montes, director del Centro de Estudios Públicos, por brindarnos un espacio temáticamente abierto e intelectualmente estimulante para conectar investigación empírica con reflexión conceptual del modo en que lo hemos podido hacer en este libro. También a Ana Rodríguez, de Editorial Planeta, por su conducción en el proceso, así como por sus comentarios y sugerencias a una primera versión del manuscrito.

Varios de los materiales bibliográficos para la construcción de este libro han sido sugeridos o conocidos en contextos de investigación en los que los autores participan, principalmente el Millennium Nucleus Social Data Science (SODAS, ANID-MILENIO-NCN2024_103), el FONDECYT-ANID 1231922, Justificación de la violencia política, y el FONDECYT-ANID 1252043, Moralidades, legalidades y materialidades en la transformación del orden público.

Índice

Introducción	15
Estructura del libro.....	24

PRIMERA PARTE

Fundamentos de la condición posdemocrática

Capítulo 1. Sociedad mundial y la transformación digital de las fronteras de la política	33
La infranqueable sociedad mundial	34
Sociedad mundial como diferenciación de sistemas sociales.....	37
Radicalización y novedad del medio digital.....	44
Política digital	49
La función de la digitalización	52
El candidato imaginario	55
Capítulo 2. Posdemocracia: entre consenso y degradación	57
Democracia como procedimiento.....	58
Posdemocracia como consenso	61
Posdemocracia como degradación	66
Posdemocracia como especulación	71
Posdemocracia como iliberalismo.....	73
Dispuesta a la renuncia.....	77

Capítulo 3. Recuperando el disenso: la astucia posdemocrática 79

Derivaciones posdemocráticas	80
Las (nuevas) fuentes clásicas de la posdemocracia.....	84
Las fuentes digitales de la posdemocracia	89
El problema de referencia de la posdemocracia y su resolución....	98
Certificaciones posdemocráticas.....	104

SEGUNDA PARTE

Recursos y motivaciones posdemocráticas en Chile

Capítulo 4. Autoritarismo posdemocrático 109

Autoritarismo democrático residual y autoritarismo posdemocrático	110
Del hampa al narco	116
Militarización posdemocrática	122
Encierros: rejas, vigilancia, armas.....	132
Ni muerte ni patología	137

Capítulo 5. Abandonar la modernidad. Política de la identidad posdemocrática en Chile 141

Identidad chilena.....	142
Las versiones en la práctica.....	146
El proyecto identitario radical: los comienzos	152
Decolonialismo convencional: bases conceptuales	156
Al borde del colapso	162
La batalla cultural.....	173
Resistencia (pos)democrática	179

Capítulo 6. La inagotable tentación populista	183
Emergencia y función del populismo	184
La transición del presente	191
Rendimientos populistas	195
Ideología de la ausencia	206
“Ganarle a la vida”: individualismo posdemocrático	212
“Democratizar la democracia”: aprendizaje territorial y digital... 215	
“Renacer del país”: la gente entre el pueblo y la elite	219
Populismo a la chilena.....	223
Capítulo 7. Indiferentes. El antisujeto de la historia	227
Sujetos y antisujetos	227
Indiferentes, demócratas y autoritarios. El panorama histórico ..	233
Indiferentes, demócratas y autoritarios. La experiencia	236
Quiénes son los indiferentes.....	240
El antisujeto de la historia: relacionando posdemocracia e indiferencia	243
El trofeo posdemocrático	249
Capítulo 8. La experiencia siempre oscilante de la condición posdemocrática	253
Posdemocracia liberal	254
Incompletitudes fundantes	258
Un minuto antes de la medianoche	262
Un minuto después	266
La noche más larga.....	269
Chile excéntrico	273
Bibliografía	277

Introducción

Es un lugar común sostener que la democracia está en crisis. Lo recitan cantores y públicos. Seguramente lo estuvo desde su nacimiento, cuando democracia implicaba tener esclavos, cuando significaba ser revolucionario, cuando las mujeres no votaban, o cuando todo era totalitarismo desde La Mancha hacia el oriente.

Pero la liturgia moderna ha acentuado el volumen del lamento: se escucha desde políticos bien intencionados hasta estrellas de Hollywood, desde departamentos universitarios hasta matinales de televisión, desde filósofos del desencanto hasta comediantes de festival. Crisis, ingobernabilidad, iliberalismo, autocratización, son las denominaciones, siempre de contenido negativo, de la situación actual en la que todo parece desmoronarse, aun cuando lo que se desmorona —algo así como un espíritu democrático trascendental— nunca haya existido en realidad. Hoy prevalecen esas semánticas negativas. Y puesto que ellas se asombran de que el mundo no refleje su idea de perfección democrática, producen un sentido de alarma generalizado (*à l'arme!*, *all'arme*) que agudiza las exclusiones, enfatiza los abandonos y radicaliza las oposiciones.¹ Entonces, todo lo que se desvíe del alto ideal normativo de una democracia cohesiva, deliberativa y socialmente integrada mediante consensos duraderos pasa a ser leído como síntoma de descomposición. El disenso, el liderazgo fuerte, las identidades fragmentarias, la presencia de elites, las expresiones populares y

1. Luhmann, Niklas. "The Self-Description of Society: Crisis Fashion and Sociological Theory". *International Journal of Comparative Sociology*, vol. 25, nos. 1-2, 1984, pp. 59-72.

las religiosas, las pretensiones indígenas, el nacionalismo abierto, la tecnocracia estatal, la militarización de regiones y fronteras, la mediatización digital de lo público, la desinformación de las redes sociales, o la indiferencia de quien no quiere saber nada de lo anterior, todo ello pasa a ser síntoma de una especie de nueva decadencia de Occidente. Cada uno de estos fenómenos comparece ante el magnífico tribunal de la política de la perfección en tanto prueba irrefutable de un deterioro terminal de la democracia. Como en los relatos bíblicos del apocalipsis, cada nuevo evento acelera la proximidad del juicio final.

La modernidad ya sabía de esto. Desde fines del siglo xx, varios indicios convergían en que el contrato de la modernidad requería de modificaciones sustanciales. Este pacto constitutivo indicaba que la economía de mercado estaría fundada en la libre competencia y sería inmune al intervencionismo estatal, que los medios no serían censurados, que la salud se haría cargo del deterioro del cuerpo y la educación del engrandecimiento del alma, mientras que la política democrática se basaría en el diálogo, la inclusión y la cohesión, y formaría un Estado de derecho pleno con igualdad ante la ley.²

No es casualidad, por tanto, que los anuncios de posmodernidad hayan aparecido en las décadas finales del milenio pasado, y que la idea de posdemocracia haya surgido precisamente a inicios del nuevo siglo. El sociólogo británico Colin Crouch la popularizó como un período en el que las formalidades de la democracia se mantienen, pero se pierde el vínculo sustantivo con ella.³ Esto enfatizaba la distancia de los públicos con la política, pero a la vez subvaloraba el núcleo liberal del procedimiento democrático fundado en la división de poderes y los derechos fundamentales, que es el que permite tener votaciones libres, elecciones competitivas, alternancia en el poder, discusión parlamentaria, decisión

2. Luhmann, Niklas. *La sociedad de la sociedad*. Herder, 2007.

3. Crouch, Colin. *Post-Democracy*. Polity, 2004.

democrática. Según Crouch, el poder se transfería a técnicos y elites empresariales en connivencia con gobiernos poderosos; una especie de conspiración global que, de ser cierta, requeriría de demasiado cálculo instrumental, demasiada coordinación, más de la que la complejidad social puede conceder a simples seres humanos.

Sin embargo, cabe la posibilidad de que el problema esté en el observador. Pues la pregunta sobre cuán democrática es la democracia, o cuán moderna es la sociedad moderna, no se puede responder sino negativamente: nunca es suficiente, siempre es incompleta. Bajo esa pregunta, la democracia es *por venir* —según la acertada formulación de Jacques Derrida: es la promesa de su arribo.⁴ Medir cuánto le falta para coincidir con su más elevado horizonte normativo, o incluso cuán alejada está de una versión modesta de lo que en el pasado imaginamos debiese ser la democracia hoy, solo puede traer decepción. La consecuencia de esto es la circulación de connotaciones semánticas negativas y la reedición de las prognosis oscuras hasta que ellas se cumplen autoproféticamente. Para mirar las cosas de otro modo, debe haber un giro.

El punto de partida de ese giro consiste en observar la forma que puede adoptar la democracia cuando ella se enfrenta a sociedades complejas, profundamente diferenciadas, materialmente desiguales, irremediabilmente inciertas, altamente digitalizadas y saturadas de expectativas incompatibles entre sí. En ese horizonte, la posdemocracia no designa una fase ulterior, como si la democracia se hubiese disuelto o estuviera a punto de hacerlo, y otro orden tomara su lugar. Tampoco indica un desplazamiento del poder hacia las grandes corporaciones del capitalismo interplanetario, o la simple renuncia de los públicos a confiar en las instituciones sociales y políticas. El concepto, tal como lo construimos en este libro, designa una dinámica más compleja.

4. Derrida, Jacques. *The Politics of Friendship*. Verso, 1997.

En ella, el componente central de la democracia liberal, el procedimiento democrático, basado en la división de poderes y los derechos fundamentales, sigue siendo relevante. Asimismo, la aspiración de una democracia cohesiva, deliberativa y socialmente integrada mediante consensos amplios mantiene sus aspiraciones legítimas, especialmente dignas de impulsar para lo que ha sido la vertiente socialdemócrata del siglo xx, aún presente en la imaginación política del siglo xxi y en algunas de sus prácticas. Sin embargo, esa aspiración tiene su fundamento en un núcleo elemental que constituye la condición *sine qua non* de la democracia liberal: la legitimación procedimental, esto es, la operación conjunta del presupuesto de división de poderes y de derechos fundamentales que resultan en un proceso electoral competitivo, en alternancia en el poder, discusión parlamentaria y en una decisión legítima con sustento público.

Cuando Crouch, el populismo contemporáneo, el neomarxismo, el decolonialismo, la nueva y vieja teoría crítica, el conservatismo romántico y el neoautoritarismo pronostican el fin de la democracia liberal o incluso afirman que ha muerto, en general sostienen que la democracia deliberativa ya no tiene la potencia cohesiva que alguna vez pareció tener, pero pasan por alto que, en muchas democracias contemporáneas, como la chilena, la legitimación procedimental de las decisiones basada en división de poderes y derechos fundamentales, así como sus condiciones sistémicas siguen operando. Es decir, el sustrato liberal de cualquier democracia se mantiene, muchas veces íntegro.

Lo que, sin embargo, es cierto de las críticas a la democracia contemporánea, es que la legitimación procedimental, como todo mecanismo liberal, deja abierto un amplio abanico de selectividad, y que la idea de democracia cohesiva, deliberativa y orientada al consenso ha perdido capacidad de acción política y de motivación de los públicos desde hace ya tiempo. Seguramente esto no se debe a la disolución de sus principios normativos: solidaridad, proyecto común, integración. Estos pueden estar tan justificados

como siempre, pero una política orientada según ellos siempre debe considerar que sus propuestas chocarán de frente con la alta diferenciación y autonomía de sistemas sociales que operan transnacionalmente, con la fuerte fragmentación cultural e identitaria del presente, con la individuación de individuos a quienes les importan más sus propios planes de vida y sus propias carencias que las de otros, o a quienes les hace más sentido el bienestar de los próximos que el desplazamiento de ese bienestar al futuro mediante un proyecto común.

Cuando esta es la situación que se enfrenta no solo a nivel nacional, sino global, el escenario de la política democrática comienza a explorar recursos políticos y motivacionales que parecen estar fuera de la forma en que se concibe la democracia en sentido cohesivo, deliberativo y consensual. La mirada se vuelve sobre recursos políticos y motivaciones vinculados al autoritarismo, el identitarismo, el populismo y la indiferencia política, ahora digitalmente mediadas. Ahí está el origen de la condición posdemocrática en nuestra perspectiva. En ese contexto, la legitimación procedimental de la decisión comienza a emplear elementos que antes se concebían opuestos a los recursos políticos y motivaciones democráticas. La apuesta posdemocrática es, sin embargo, que, con ellos, es posible incrementar la eficiencia y eficacia política (satisfacción de demandas) e impulsar la revinculación sustantiva de los públicos con ella. Entonces, la democracia liberal se desplaza desde el centro de gravedad de la política democrática y se sitúa como un atractor más entre otros a partir de los cuales es posible obtener otros recursos y motivaciones políticas. La condición posdemocrática es, así, una dinámica inestable de oscilación, muchas veces al borde del abismo, entre atractores de democracia liberal, autoritarismo, identitarismo, populismo e indiferencia.

Para formularlo de manera ilustrativa, desde un campo que se consideraba tradicionalmente autoritario, se invoca ahora la autoridad en forma de militarización, “mano dura”, estados de

excepción, y uso de la fuerza, para detener la delincuencia, el crimen organizado y la inmigración irregular, y los ciudadanos se abren a renunciar a libertades públicas y privadas para restaurar el orden social. Desde el campo identitario, se forma una política de la identidad que avanza en la justificación de particularismos y que aspira a eliminar la representatividad democrática en nombre de una *pluriversidad de derechos* que incluye animales, ríos, árboles y también seres humanos. Desde el horizonte populista, la crítica a “elites corruptas” y la canonización de un “pueblo virtuoso” (de *la gente*), así como el rechazo a la inmigración, encuentran eco ante escándalos públicos y privados, y mueven el espectro hacia la desconfianza en instituciones y el rechazo de la política. Y desde el resultado de esa desconfianza, transformada en *indiferencia* a los asuntos públicos, se extraen recursos y motivaciones para una política de la individualidad concentrada en el trabajo, la entretención y la cultura popular.

Nada de esto, no obstante, supone dejar de lado las reglas y los procedimientos que legitiman las decisiones democráticas, ni la división de poderes, las libertades fundamentales o la alternancia en el poder. Pero ahora ese fundamento democrático liberal se articula de maneras altamente complejas con el uso de recursos y motivaciones autoritarias, identitarias, populistas y de indiferencia política, precisamente porque ellas podrían aportar nuevos incentivos e instrumentos para incrementar la eficacia en el cumplimiento de metas y expectativas, y para vincular no solo normativamente, sino ahora también emocionalmente a los públicos con la política.

Pero todo esto resulta en una de esas paradojas de las que no se puede escapar; paradojas con las que hay que vivir día tras día, en medio de ellas. Pues al echar mano de recursos políticos y motivaciones autoritarias, identitarias, populistas o de indiferencia política —atractores políticos opuestos a las fuentes democráticas en un sentido práctico y doctrinario—, la democracia liberal se sostiene, aunque al precio de “convivir con el enemigo”. A ello

justamente es a lo que llamamos *la condición posdemocrática*: una danza de distintas fuentes de atracción política y motivacional, en la cual la democracia liberal es una fuente más. La interacción entre esos atractores contribuye a sostener el orden político democrático, pero lo instala en un equilibrio precario, altamente riesgoso, algunas veces al borde del abismo, es decir, al borde de colapsar hacia el autoritarismo en forma de autocracia plena (El Salvador), hacia el identitarismo en forma de decolonialismo (el proyecto de la Convención Constitucional chilena), hacia el populismo en forma de autoritarismo (Venezuela), o hacia la indiferencia de los públicos con la política (Perú). El indicador de ese colapso es la suspensión de la legitimación procedimental y sus fundamentos (división de poderes, derechos fundamentales, elecciones, alternancia) o su trivialización, por tanto, el fin del atractor liberal que permite seguir llamando democrática a la dinámica posdemocrática de equilibrios múltiples.

Chile ha sido un laboratorio especialmente adecuado para explorar el surgimiento de estas dinámicas. Durante largo tiempo, el lenguaje democrático chileno se organizó en torno a la transición, la estabilidad y el consenso. Ese lenguaje, y sus flexibilidades semánticas, lograron procesar la salida de la dictadura y aportar plausibilidad a una promesa de integración social gradual. Sin embargo, la sociedad chilena se hacía progresivamente más diferenciada y autónoma en distintas dimensiones: sistemas e instituciones se concentraban en resolver sus propios problemas más que en colaborar entre sí para resolver los de la ciudadanía; los individuos llegaban a tal nivel de individualización que parecía que cada insatisfacción cotidiana era responsabilidad del Estado. Quienes se decepcionaron al extremo se volvieron indiferentes a la política, mientras que otros buscaron en la fragmentación identitaria y la comunidad el resguardo que el Estado no brindaba. Estas transformaciones hicieron que los recursos políticos de la democracia cohesiva quedaran cortos y que las motivaciones sociales fundadas en un “proyecto común”—para el cual ya no había

sustento en actores ni en estructuras— se hicieran insuficientes. El estallido social de 2019 fue, en tal sentido, una manifestación del desencuentro entre la aspiración de un futuro armónico de integración y la alta diferenciación social y fragmentación cultural de Chile. Un desencuentro que también se expresaba entre el ideal de una democracia cohesiva y la incapacidad del Estado para responder a múltiples demandas paralelas. El evento reveló que los recursos y el lenguaje político disponibles ya no conseguían absorber esas tensiones. La secuencia posterior solo profundizó la distancia.

El primer proceso constituyente expuso la fragmentación en lenguaje identitario y abrió la posibilidad de una refundación institucional que transformaba a Chile en un Estado regional, de territorios autónomos y plurinacionalidad. El segundo proceso inauguró la batalla cultural con un concepto de identidad como nacionalidad y un fuerte sentido unitario. Entretanto, las consecuencias de la pandemia justificaban ejercicios populistas como los retiros de fondos de pensiones, que contagiaban a todas las fuerzas políticas. La circulación del miedo, la violencia y la inseguridad después del encierro motivaron a ampliar los márgenes de tolerancia respecto al uso de la fuerza y los estados de excepción en las fronteras, en La Araucanía y en el control del crimen organizado. Mientras, en los márgenes, se formaba un sujeto concentrado en el trabajo, que había nacido en el mercado y que, por tanto, podía manejarse en sus intersticios; un sujeto al que le daba lo mismo si lo regía un gobierno democrático o uno autoritario; un sujeto indiferente, un antisujeto de la historia —aquella “clase media emergente”, como la denominó originalmente el Partido de la Gente, y que hoy distribuye sus preferencias políticas entre el PdG, propuestas de derecha, de izquierda y la radicalización de su propia indiferencia.

La condición posdemocrática no es, por tanto, un tránsito lineal hacia el autoritarismo, el populismo, la identidad, la indiferencia o sus combinaciones; no es el reemplazo de la democracia por alguno

de esos atractores políticos y doctrinarios. Se trata, más bien, de una reorganización del escenario político en base a recursos y motivaciones de fuentes alternativas. En esa reorganización, las instituciones democráticas se mantienen, pero su entorno cambia. Continúan aspirando a ganar competitivamente la próxima elección, pero recurren a propuestas extremas (fronteras minadas, expulsión de inmigrantes, cárceles en barcos y desiertos, planes quinquenales, eliminación de instituciones); mantienen una pretensión de universalidad, pero operan según lógicas identitarias; siguen apelando a la ciudadanía, aunque enfrentan públicos que se autocomprenden de manera individual o en grupos identitarios; recurren a razones justificatorias, pero las deben revestir de emocionalidad para interpelar de manera efectiva.

En síntesis, este libro arranca de una premisa simple: para comprender el contexto democrático actual no es suficiente apelar a conceptos como catástrofe, ingobernabilidad o iliberalismo, es decir, a semánticas negativas que únicamente denuncian “la crisis de la democracia”. Tampoco sirve añorar una normalidad que nunca existió del todo. Lo que se requiere es una observación sociológica de las formas concretas en que la democracia se autotransforma cuando sus promesas de unidad y política de consensos colisionan con la diferenciación sistémica y cultural, y con los nuevos riesgos y peligros que ello trae. La pregunta no es, por tanto, si la democracia chilena se encuentra en buen estado o se ha desmoronado. La pregunta es cómo emerge una democracia posdemocrática en la que sigue existiendo un componente liberal, pero que ahora se articula, y a la vez choca, con los recursos y motivaciones también disponibles del autoritarismo, el identitarismo, el populismo y la indiferencia política. Y cuando, más aún, esa democracia posdemocrática debe legitimarse de manera recurrente en medio de esa colisión.